

GUILLERMO
DELTORRO

LOS SERES HUECOS

LAS GINTAS DE BLACKWOOD VOL. 1

CHUCK
HOGAN

1962. Región del Delta del Misisipi

Un agente especial de supervisión le dio un resumen sobre la investigación durante el corto vuelo, antes del amanecer, de Knoxville a Jackson, Misisipi. Había muchas peculiaridades entre los detalles del caso, pero el hecho de que el Buró Federal de Investigaciones hubiera alquilado un avión para acelerar su transferencia inmediata a la Oficina Local de Jackson —para él, Earl Solomon, un agente especial del FBI novato de veintiocho años, graduado apenas cuatro meses antes de la academia— indicaba ante todo que ésta no sería una investigación cualquiera.

Lo recogió un sedán en la pista del aeropuerto, que lo llevó en un largo recorrido hacia el norte por la Ruta 49, en dirección al Delta. Dejando de lado un indiferente saludo inicial, el conductor —un agente blanco de casi cuarenta años, con un gangueo por el que su voz era casi de montañés— guardó silencio durante todo el camino, optando por lanzar cenizas de cigarro por su ventana abierta en lugar de ensuciar el cenicero de su tablero. Solomon comprendió la dinámica. También entendió por qué lo habían enviado a aquel polvorín de violencia y activismo por los derechos civiles. No tenía nada que ver con sus habilidades como agente, ni con su experiencia, que era casi nula. Recientemente había ocurrido un número perturbador de linchamientos en el Delta, y los avances del FBI estaban siendo bloqueados por la policía local. Lo que necesitaban era mostrar una cara negra a los lugareños.

Solomon había sido uno de los tres primeros agentes negros aceptados en la academia del FBI a principios de ese año. En los pocos meses que llevaba en Knoxville, se había relacionado bastante bien con sus compañeros agentes, la mayor parte de los cuales tenía experiencia militar y, por ende, había estado expuesta a la integración. A Solomon le parecía haber soportado lo que cualquier otro agente novato, aprendiendo los pormenores del oficio a través de las tareas más serviles. Cuando lo llamaron a la mitad de la noche para que se reportara a la oficina, no supo qué esperar, pero ciertamente nunca imaginó que se trataría de un vuelo a Jackson, Misisipi, donde se incorporaría a su primera investigación criminal activa. Su agente especial en jefe en Knoxville le confió que la orden de transferencia había venido directamente del mismo Sr. Hoover. Solomon sentía que todos los ojos del Buró estaban puestos en él.

No se trataba de una investigación cualquiera. Había ocurrido otro linchamiento, en una espesura arbolada y remota, y aparentemente en la escena había evidencia de rituales. La policía local reportaba características “profanas” del hecho que describían como “satánicas”, pero aún no había fotografías de la escena del crimen y la policía local era famosa por su escasa confiabilidad. Sin embargo, esa no era la parte más escandalosa del homicidio.

Esta vez se trataba del linchamiento de un hombre blanco.

El agente local lo condujo en auto desde Jackson hacia el noroeste, por la Ruta 49, al norte de Greenwood, muy al oeste de Oxford. El pueblo se llamaba Gibbston, una franja de tierra fértil entre el Misisipi y el río Yazoo donde el algodón —al igual que la raza blanca— era el rey.

Se detuvieron afuera de la oficina de correos, una pequeña cabaña que parecía una tienda de pesca con un escudo federal deslucido en la puerta. El agente de Jackson se bajó del auto y esperó a que Solomon lo siguiera, pero sin mirarlo nunca a los ojos. Cruzaron la calle para acercarse a un grupo de hombres blancos con traje sin saco,

haciéndose aire con sus sombreros, limpiando sus cejas con pañuelos empapados de sudor. El agente presentó a Solomon con el alguacil local, dos ayudantes y el agente especial en jefe de Jackson, cuyo apellido era Macklin.

—Cuando dijeron que enviarían a alguien llamado Solomon a ayudar con las entrevistas —dijo Macklin—, les dije que necesitábamos a un negro, no a un judío.

La boca de Macklin se abrió levemente en una sonrisa de labios delgados que dejaba ver sus dientes como la incisión de un cirujano que revela los órganos de un cuerpo. Los demás hombres también sonrieron y esperaron a que Solomon respondiera para saber con qué tipo de negro estaban tratando. Solomon miró a cada hombre a los ojos, dejando que se retorcieran en suspenso unos momentos más de lo necesario, luego asintió y sonrió. Sabía que necesitaría de su ayuda; él estaba en la parte más baja de la pirámide, si es que siquiera ocupaba un lugar.

Hubo más charla inconsecuente, pero Solomon se distrajo: su atención se desvió hacia los cantos de una iglesia cercana. No había en las voces de aquella congregación nada de la alegría que él asociaba con un servicio bautista del sur:

*Él va delante de mí,
Y a mi lado está,
Así que no temo.*

Era una canción lúgubre. Se sentía una gran ansiedad en el aire, que flotaba asfixiante junto con el calor y la humedad. Asignar a Solomon a este lugar daba indicios de que el FBI estaba desesperado, o quizá recibía órdenes de la Casa Blanca. Enviarlo a Gibbston para establecer enlaces con la comunidad negra del *Deep South* era como mandar a un comunista a escuchar las preocupaciones de las facciones de izquierda.

El servicio terminó y los feligreses comenzaron a salir; se dirigieron a la acera sin pavimentar vestidos con sus mejores ropas de

domingo. Los hombres volvían a colocarse los sombreros en la cabeza.

Macklin y los demás tenían un consejo para Solomon.

—Sólo déjelos ver que está aquí, siémbreles algo de curiosidad. No quiere asustar a nadie.

Pero Solomon sabía que la mañana del domingo entre las 11 am y mediodía era el único momento en que la mayor parte de la comunidad local negra querría o podría congregarse. Perder esta oportunidad significaba esperar por lo menos otra semana.

Eso fue lo que le dijo al agente especial en jefe, Macklin.

—No —dijo Macklin—. Más tarde daremos una vuelta y haremos entrevistas individuales.

Solomon observaba cómo los feligreses se despedían y se preparaban para dispersarse. Pensó que había algo de..., si no miedo, inquietud en el deseo de Macklin por evitar a la multitud.

—Señor —dijo Solomon, poniendo ya un pie en la calle—, voy a ir.

Solomon llegó a la mitad del camino cuando se dio cuenta de que los demás hombres lo seguían. No podía permitir eso, o si no, ¿para qué estaba él allí?

—Señores, creo que es mejor si me esperan aquí —dijo Solomon.

Y eso hicieron. Solomon siguió atravesando la calle y observó cómo la gente lo veía acercarse. Lo vieron evitar que los otros policías blancos lo acompañaran. Les impresionó que un joven negro tuviera tal autoridad.

—Buen día, damas y caballeros —dijo presentándose ante los silenciosos espectadores—. Soy el agente especial Earl Solomon —les mostró su insignia e identificación y enseguida las volvió a guardar en el bolsillo del pecho de su saco. Notó que muchos de ellos miraban a los policías blancos al otro lado de la calle.

—El FBI me envió aquí a Gibbston para apoyar en la investigación de los homicidios por linchamiento.

El pastor salió por las puertas de la iglesia, y se detuvo en el escalón más alto, detrás de los fieles. Se había quitado la túnica y

limpiaba su frente con ella; vestía una camisa blanca de algodón de cuello abierto y pantalones negros. Un destello plateado en su cabello negro lo distinguía con el mismo efecto que tiene una vela en la oscuridad.

Solomon inclinó la cabeza respetuosamente, aunque percibía una inusual actitud de sospecha en el predicador. Quizá simplemente no estaba acostumbrado a que otro hombre negro captara la atención de sus fieles reunidos.

Solomon continuó.

—Quiero informarles que al gobierno federal le interesa escuchar sus inquietudes y terminar con esta violencia. Sus derechos serán protegidos. Estoy aquí para recabar cualquier información que ustedes puedan darme relacionada con los recientes asesinatos.

Sus rostros y sus miradas iban y venían entre el alguacil local y Solomon, que había aparecido ante ellos como un emisario de otro planeta.

Un hombre fornido de unos cincuenta años pescó la solapa de su camisa para hacerse aire y dijo:

—¿Usted es del gobierno?

Solomon aceptó aquello inclinando la cabeza hacia un lado.

—Sí, lo soy. En concreto, del FBI. Soy agente.

—¿Y tenemos que confiar en usted?

—Por algún lado habría que empezar.

Otro hombre se quitó los lentes con montura de alambre, los limpió con su corbata y declaró:

—He oído de ustedes. Los primeros agentes. Lo leí en la revista *Jet*. Quieren integrar el FBI.

—Es correcto, señor —dijo Solomon.

—Es sólo un niño —dijo una señora esbelta y mayor, con un vestido azul de aspecto rígido.

—Un niño con placa —dijo otro hombre.

—Como ahora es un hombre blanco a quien colgaron, te mandan a ti —dijo la señora mayor.

—Yo voy a donde me manden —dijo Solomon—. Lo importante es que ahora estoy aquí.

—Para hacernos hablar —dijo la señora mayor—. Vas a arrestar a un par por el linchamiento del blanco y no te volveremos a ver.

Solomon tuvo cuidado de inclinar la cabeza respetuosamente cuando respondió:

—No, señora.

Solomon miró al pastor. Su conducta no le expresaba una postura clara, pero sabía que necesitaba la ayuda de este hombre de Dios. El pastor arrugó la nariz, pues el sudor del sol de media tarde estaba llegando a su labio superior.

—Hermanos y hermanas —dijo—, creo firmemente que este hombre, el agente...

—Agente Solomon.

—El agente Solomon, que lleva el nombre de un rey de la antigüedad, sabio y de muchas riquezas, se merece la oportunidad de probar que es un hombre justo. Yo voy a regresar a la casa de Dios, pero si alguno de ustedes tiene algo que decirle a él, siéntanse libres de hacerlo.

Con estas palabras, el pastor regresó a la iglesia y cerró la puerta. Solomon pensó que era extraño que el hombre no quisiera ser testigo de lo que la gente de su congregación tuviera que decir. La razón de lo anterior quedó clara luego de mucha deliberación silenciosa entre los miembros de una familia extendida, amontonados cerca de la señora mayor del vestido azul, quien los veía con una mirada penetrante y desaprobatoria, como las que sólo pueden salir de los ojos de una anciana.

Un hombre de treinta y tantos años se descubrió, revelando su reluciente cabeza calva y una banda dentro de la copa de su sombrero de paja, amarillenta por el sudor. Llevaba un pisacorbatas que tenía una pequeña cruz adornada con una piedra de cristal en la intersección de las líneas de plata. Fijó su mirada durante largo rato en los policías que esperaban ansiosos al otro lado de la calle antes de volver a centrar su atención en Solomon.

—Tal vez necesita saber acerca del niño —dijo casi en un susurro.

El agente blanco, cuyo nombre resultó ser Tyler, manejó con el agente especial en jefe, Macklin, en el asiento de copiloto. Solomon iba en el asiento trasero, solo. Seguían al auto oficial del alguacil, una camioneta *hardtopy* de la estación, blanca y parda, con asientos de cuero y una estrella del condado estampada en la puerta.

Viajaron por un suave camino rural atravesando kilómetros de campos de caña. Como las ventanas estaban abajo para tener ventilación, Macklin se vio forzado a gritar sus preguntas a Solomon, a través del viento caliente que los golpeaba a ráfagas, de polvo del camino y humo de cigarro, pero Solomon no tenía respuestas. No sabía lo que les esperaba en el lugar al que se dirigían: un potencial sospechoso, un testigo del crimen, o algo completamente diferente. El hombre del sombrero de paja no había querido hablar más, pues sus compañeros de congregación, silenciosamente, lo habían hecho sentirse avergonzado hasta someterlo. El alguacil bajó la velocidad del auto hasta detenerse por completo para preguntar por el camino a un niño de trece o catorce años que caminaba descalzo y sin camisa, golpeando la hierba con una vara de caña de azúcar cortada. El niño apuntó hacia el final del camino con la vara, indicando hacia dónde tenían que ir. Solomon notó que los ojos de Tyler lo observaban por el espejo retrovisor de la misma forma que un agente observa fijamente a un sospechoso o a un demandante.

La casa del aparcerero era una estructura baja, desordenada y sin cimientos, alejada del camino del campo. Estaba hecha de madera sin pintar que parecía más adecuada para servir como leña que como refugio. La estructura en sí misma tenía varias décadas de antigüedad, y a Solomon le pareció que una buena tormenta de verano la hubiera podido reducir a astillas.

Solomon miró a través de la ventana. No había juguetes al frente de la casa. Una cuerda para tender ropa colgaba desde la esquina

trasera hasta un árbol, completamente vacía a no ser por dos cuervos negros que se balanceaban en ella. No había antena de televisión en el techo. Las ventanas del primer piso tenían cortinas, pero no contraventanas, y las ventanas estaban cerradas, algo extraño para el calor que hacía.

—Debería ir yo solo —dijo Solomon.

—No hay otra manera —respondió Macklin.

Aún así, Macklin bajó del auto cuando Solomon salió. Tyler se quedó sentado en el asiento de copiloto, fumando. El alguacil y los otros salieron de la camioneta, pero sólo para refrescarse y esperar.

Solomon se dirigió a la puerta y tocó. Una niña pequeña abrió casi inmediatamente. Llevaba puesto un vestido de algodón rígido de color azul con listones blancos que colgaban de un rudimentario dobladillo.

—Hola, qué tal, ¿están tus padres en casa? —dijo Solomon.

La niña lo miró con sus grandes ojos cafés y su cabeza apenas torcida hacia arriba.

—¿Eres doctor?

—No, señorita.

Se dio la vuelta y caminó hacia adentro. Solomon esperó, suponiendo que la escucharía gritar llamando a sus padres, pero no oyó nada, ni siquiera pisadas. El corredor dentro de la casa se bifurcaba a derecha e izquierda, pero estaba oscuro, y con el intenso sol, sus ojos no se ajustarían para ver algo a menos que entrara a la casa.

El piso era de tierra. Había piso de madera más adelante; en él estaba parado un joven con un paquete de galletas saladas, masticando. Quizá tenía unos veinte años.

—¿Eres el hombre de la casa? —preguntó Solomon.

—No, señor.

—¿Tu papá está en casa?

—Está en el campo.

—Esta es la casa de los Jamus, ¿cierto?

—Sí, señor.

—¿Tu nombre, hijo?

Tomó otra galleta salada.

—Coleman, señor, Cole.

—¿Está tu mamá en casa, Cole?

Cole asintió y se dio la vuelta. Comenzó a alejarse mirando sobre su hombro, indicando a Solomon que lo siguiera a la habitación lateral donde había una gruesa alfombra trenzada en forma de óvalo y escasos muebles alrededor. Cerca de la esquina, una mujer de cuarenta y tantos años, con un vestido de color *beige*, está sentada frente a la ventana con la mirada fija en las cañas de azúcar. Tenía una mano sobre su rostro y sollozaba. Ya había llorado una mancha de lágrimas en su regazo, y todavía más lágrimas se deslizaban por su muñeca y su antebrazo.

La boca de Solomon comenzó a formular la palabra “señora” pero nunca logró pronunciarla. Sacar cualquier información de esta mujer sufriende era una causa perdida. Era mejor dejarla con sus emociones.

Volteó a ver a Cole, quien masticaba otra galleta y miraba a su madre como acostumbrado a esa situación.

—Está en el cuarto de atrás —le dijo Cole a Solomon, aún viendo a su madre—, encadenado.

Solomon se dirigió hacia ese lugar, pasando a otros tres niños en el camino. Se encontró con una puerta cerrada junto a un armario. Escuchó el inconfundible tintineo de una cadena y el chirriar del resorte de una cama. Creyó escuchar una voz que emitía un graznido aterrador, pero luego se dio cuenta de que se trataba de un cuervo en la cuerda del tendedero en el exterior. Ahora se encontraba en la parte trasera de la casa.

La puerta se abrió hacia afuera. Era más una bodega que una habitación, pero dentro había una cama puesta junto a la pared más lejana, sobre la que estaba un colchón delgado sin sábanas. Sobre el colchón yacía un pequeño cuerpo, un niño, volteado hacia la pared

del fondo. Aseguradas con candados al marco de hierro de la cama, cadenas de peso medio terminaban en grilletes alrededor de las muñecas y tobillos del niño. Había manchas de sangre en el extremo del colchón, probablemente por el forcejeo de los tobillos contra el metal de los grilletes. Tenía heridas en carne viva y sus pies estaban hinchados al tamaño de los de un hombre.

El aspecto de los grilletes echó a andar la imaginación de Solomon: parecían cadenas de esclavo del siglo pasado.

Notó que el aire de la habitación sin ventanas había cambiado. Más aún, la atmósfera completa del lugar era diferente, como una cabina de avión que hubiese sido despresurizada. Escuchó un sonido sordo y distante, una mezcla entre zumbidos y rugidos, similar a lo que solía escuchar después de una larga tarde entrenando en el campo de tiro de la academia del FBI. Pero era más que eso, se sentía desorientado, mareado. Si su cabeza fuese una radio, pensó, sospecharía que la recepción estaba siendo interferida.

Todo esto lo olvidó cuando el niño se volteó hacia él. Las cadenas se restregaron contra el marco de la cama, hierro contra hierro, y el niño sin camisa levantó la cabeza levemente, fijando la mirada en Solomon. Sus ojos. Sus ojos eran como de hierro, casi plateados, azules quizá. Y completamente abiertos con locura. El rostro del niño parecía retorcido y contorsionado como un viejo guante de cuero que hubiera sido usado por una mano demasiado grande. Solomon se estremeció.

La boca del niño se abrió y permaneció así, a punto de hablar, durante lo que pareció una eternidad. Justo cuando Solomon pensó que no emitiría ningún sonido, los labios secos hablaron.

—*Blackwood*.

La voz era lejana, como un susurro, y desgastada por largos días de bramidos enloquecidos. Solomon se sentía alterado, respiraba rápido y con dificultad ante la imagen del niño enfermo. ¿*Blackwood*? Tal vez no había escuchado bien.

Los ojos del niño se clavaron en él. Solomon recordó las historias que su abuelo le contaba durante su infancia en Illinois, sobre mari-

neros y comerciantes que había conocido en sus años en el mar. Estos exploraban islas vírgenes y eran atraídos por mujeres exóticas y promesas de riqueza y magia, sólo para terminar envueltos en rituales oscuros. En una historia particularmente terrible, él y su tripulación habían tenido que abandonar a un compañero que los había atacado por la noche, después de ser poseído por un demonio.

Ciertamente, a Solomon le pareció ver en el hijo del aparcerero a alguien habitado por una fuerza maligna que escapaba de la jurisdicción del Buró Federal de Investigaciones.

Antes de que Solomon pudiera hablar, la boca del niño se abrió de nuevo. Su lengua era tan negra como la de un cadáver. De nuevo, Solomon quedó a la expectativa de las palabras que saldrían de esa boca oscura.

—*Blackwood.*

No había ningún ruido en la habitación. ¿Acaso Solomon escuchaba bien?

—¿Cómo? —preguntó Solomon, con una voz seca, casi un graznido.

—*Trae a Blackwood.*

Abrumado, aterrorizado, con los miedos de infancia resurgiendo en su conciencia con un nuevo impulso vital, Solomon empezó a retroceder. Su hombro izquierdo se estrelló contra el marco de la puerta, haciéndolo sobresaltarse como si hubiera sufrido un ataque. A tientas, atravesó el marco y caminó hacia el estrecho pasillo; necesitaba salir de la habitación para recuperarse.

—*Hugo Blackwood. Aquí.*

Sin saber cómo, Solomon cerró la puerta. Aquel nombre extraño no tenía sentido para él. Permaneció ahí con su pecho y hombros jadeantes intentando respirar.

Cuando volteó, vio que había cuatro niños pequeños observándolo en el pasillo. Coleman era el más lejano; se había terminado sus galletas y sus manos colgaban vacías.

—¿Qué le pasó? —preguntó Solomon.

Los niños se quedaron mirándolo. No lo sabían.

—¿Quién..., quién es “Hugo Blackwood”? —logró preguntar Solomon.

Los niños no tenían respuestas. Uno por uno, se dieron la vuelta y se fueron.

Pero la respuesta estaba por llegar.